EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 19 DE JULIO DE 1893

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Fones, Faubourg-Montmartre, 31.

CRECE LA ANIMACIÓN

Se han fijado los grandes carteles que anuncian los festejos; circulan por Cartagena y la provincia toda los preciosos cartelitos de mano, con el programa al dorso, pletórico de fiestas, sujestivo, excitando el deseo de venir á verlas; se habla con animación creciente del concurso de carrozas que será una fiesta brillante; de la velada marítima que, aun no celebrada, levanta ya entusiasmos, porque presiente el público que va á ser cosa realmente fantástica; de los juegos florales para los cuales hay presentados multitud de trabajos y para cuya fiesta preparan las bellas [illegible] ges; de la verbena, que va a ser animada, brillante, verdadero derroche de luz y sonidos, guirnalda encendida que servirá de fantástico marco al cuadro inmenso cuyo encanto mayor será la nota de hermosura y de gracia que imprimirán en él las lindas mujeres que contribuyan á darle animación y vida.

El entusiasmo crece. Centenares de familias domiciliadas en los extramuros se trasladan temporalmente dentro de murallas para no perder fiesta. Los trenes traen todos los días forasteros que han adelantado su venida para instalarse con comodidad. De la provincia y de fuera de ella se reciben pedidos de habitaciones, y es de temer que mas de una familia se quede en la calle, porque aquí no ocurre aquello de que los últimos serán los primeros.

La población va perdiendo su aspecto monótono. Los círculos se animan. Los cafés se pueblan, á horas en que de ordinario permanecen desiertos. Las familias aumentan con la parentela que viene de Madrid, de Barcelona, de Murcia y otras poblaciones á pasar quince días en plena diversión.

La conversación dominante es de festejos. Hasta la cuestión batallona de los pasados días, que aun no está resuelta—los presupuestos del Sr. Villaverde—ha hecho mutis en esta temporada. No podía ser de otra manera. Al fin y al cabo somos españoles y, ya se sabe, las cosas más graves que dan pospuestas á cualquier jolgorio y especialmente á las fiestas de cuernos.

En ésto hemos llegado al acabóse; ni San Sebastián durante la jornada de la Corte está á mayor altura en fiestas taurinas: tres corridas de toros escogidos en las más renombradas ferias, lidiados por cuadrillas que figuran entre las mejores, y después lo que venga. Y lo que viene son otras dos corridas, que no sabemos lo que tendrán dentro, pero se asegura será cosa buena.

A divertirse, pues, ó á prepararse para divertirse; porque aun faltan siete días para que anuncie la diana que dan principio los festejos.

TIJERETAZOS

El Ejército Español publica la clasificación de nuestros buques de guerra y coloca al *Carlos V* entre los acorazados.

Aquí viene como anillo al dedo lo aquello de:

El doctor, tú te lo pones,
el Montalbán no le tienes,
con que en quitándote el don
vienes á quedar Juan Pérez.

Sí, colega: modesto crucero y nada más.

Si la opinión no hubiese estado equivocada respecto á la clase de acorazados que usamos por acá, ni se hubiese sorprendido del desastre ni sería injusta con los que se portaron como héroes á sabiendas de que era segura la derrota.

Lo que nos pasa á los españoles es que no escarmentamos ni ya en cabeza agena, pero ni en la propia.

Después de haber saboreado el desengaño que nos produjeron los *acorazados* del Nervión y de haber rabiado más que un perro al descubrir que no había tales corazas, todavía incurre *El Ejército* en la manía de llamar acorazados al *Cataluña*, *Princesa de Asturias* y *Cardenal Cisneros*.

Compañero: quítele usted el pistón.

¿Sabe el colega lo que les falta á esos buques para ser acorazados de combate?

Nada menos que la coraza.

—

El alcalde de Madrid ha encargado que se persiga la leche adulterada, por los peligros que puede causar á la salud pública.

Aquí no hay peligro; como se adultera con agua y se carga la mano, permanece en buen estado indefinidamente.

Alguna ventaja había de tener el aguachirle que venden los lecheros.

—

¿Y qué tenemos de los vendedores? ¿No sería bueno darles un recadito para que no abusaran?

¡Ay! no tienen hartura, señor Sanz.

Ya no se contentan con mermas de cuarto de kilo y van derechos á quedarse con la mitad de lo que se les pide.

Como el señor alcalde no dé un susto á esa gente, ella irá tomando el terreno para estudiar la manera de quedarse con todo.

SEMEJANZAS HISTÓRICAS

El que conoce un poco los hechos acaecidos en pasadas edades, en vano puede tratar de resistirse al impulso invencible que siente de comparar las cosas presentes con las que fueron luengos años atras, y siquiera mis conocimientos históricos no sean todo lo profundos que yo desearía, siéntome sin embargo inclinado, por la multitud de recuerdos que á mi mente se agolpan, á buscar en el libro de lo que ya murió, algo parecido á nuestra España del presente.

Hallar un paralelo de ella con alguno de los demás países que hoy existen, sería una ofensa para el que se tomara como término de comparación, y se hace preciso, por lo tanto, buscar la semejanza que se desea, en el archivo inagotable del pasado.

Encontramos allí tan numerosos estados, que es imposible hacer el más ligero parangón entre ellos y España, y tendremos que citar tan solo las desemejanzas y analogías con algunos.

Inútil sería á nuestra tarea invocar los precedentes de nuestro propio pasado. Lo que hoy es España, fué en tiempo Castilla y León. De castillos, después de perdido el del Morro, no nos quedan más que el de Móra, el de Chirivel, el de Montjuich (que por lo visto no deja de servir para dentro de casa) y los que nos hacemos en el aire, confiando en las promesas de los políticos de la oposición y de leones hemos quedado reducidos á los del Congreso, porque el leon tradicional de Castilla se convirtió hace unos años en el *perro chico*, símbolo de la evolución de nuestro carácter. Nada nos queda, pues, de leones, aunque todavía existan los contratos leoninos.

Pero en época mas remota y en suelos extranjeros, podremos encontrar algun estado que tenga semejanza con el nuestro.

Con Esparta no hay relación de ningun género, porque allí hablan poco, y aquí todo son discursos. Además, el único lazo de unión, que era el *Espartero* murió el pobre de mala manera.

Atenas, apenas se nos parece, y en cuanto á Troya, *aquí fué Troya* el año pasado y como si tal cosa.

Pisa, fué lo contrario de nosotros, porque á nosotros es á quien nos *pisan* y un poquito fuerte.

En cuanto al Egipto, no hay que establecer comparaciones, porque allí no hubo más que siete plagas, lo cual que aquello debía ser un Paraíso [sin Basilio] comparado con esto.

Tampoco hay semejanza ninguna con Tebas, porque para hacer aquí que se vayan algunos, hay que estarles diciendo *vete* dos ó tres afitos.

Macedonia tampoco se nos parecía, porque eso de Macedonia parece cosa de mana, y aquí nos hemos quedado muy débiles para manejar armas tan pesadas.

Respecto á Babilonia, sólo he de decir que en Babel no podían entenderse, y nuestra desgracia consiste precisamente en que unos cuantos caballeros lo entienden y se entienden demasiado bien.

Por lo que hace á Arcadia, sabido es que ese papel quemado huele muy bien y en España hoy un hedor, que si el pobre Hércules viene por aquí para librarse de lo que había en Dinamarca, que olía á podrido, se tiene que volver más que á escape.

Del reino de Frigia probamos una vez á ponernos el gorro, pero con el tal gorro no echamos tampoco muy buen pelo; y en cuanto al imperio de los Parthos, no nos parecemos nada absolutamente, porque aquí todo es fuera de tiempo, abortos; que en cuanto á partos, cuando hay alguno es el de los montes.

¿No hay nada parecido en la antigüedad? ¡Ah, sí! Ahora vienen las semejanzas:

Nos parecemos en primer lugar al Reino de Tiro, y nos parecemos, primero, porque cada cual *tira* de lo que puede [illegible] y segundo porque á pesar de [illegible]

Bajo cierto aspecto tenemos también notables puntos de contacto con los imperios europeos de la Edad media, hasta el extremo de que por la Tierra de Campos no hay más autoridad que la del Imperio *Germánico*, con vistas á la *Mauritania*, y el resto de España está mirando por el *Sacro (Monte) Romano Imperio* ó sea un mismo mando bajo dos distintas advocaciones.

¿Quieren Vdes. mayores semejanzas? Pues todavía las hay. Por de pronto, ¿quién no comprende la analogía de nuestra patria con el Imperio de los Incas? ¡Si aquí *incan* el diente (pasad la ortografía) todo lo que quedan nuestros cuantos señores!

Pero el verdadero retrato de nuestro país, en mi humilde opinión, es el Reino de Lidia... ¡Lidia!... matar al *bicho* con engaño, con artificio... ¡Qué más *lidia* que la política española! ¡qué más *lidia* que España.

Raoul d'Arnault.

VARIEDADES

CHARADA

Si *primera* dos veces
te *prima tercia*
no te *prima segunda*,
pues sé de *veras*
que aunque lo *tercia prima*

—¡Cómo! ¿herido?

—Sí, sí señora; tuvo un encuentro con Bizarro, con ese picador del rey, confidente de la princesa, y tan favorecido por ella, que es muy posible que también sea su amante.

—¡Oh! estais terrible contra la princesa.

—Nadie para ella es más terrible que ella misma. Continuando, pues, he llamado á Santivañez, le he reducido á que atestigüe la autenticidad de estas cartas, le he traido conmigo, y está esperando.

—¿Y cómo podemos hablar dignamente de tal asunto con ese hombre?

—A propósito del decoro que vuestra majestad quiere respeten elegantes las damas de su servidumbre.

—Me cuesta una gran violencia.

—Todo lo que vale mucho, cuesta mucho: ¿qué, no parece á vuestra majestad de un valor inestimable la certeza de que quien así se olvida de su honra, no puede servir para nada mas que para la infamia, y que quien sabe encubrir sus repugnantes vicios bajo la hipócrita apariencia de la virtud, ocultará de la misma manera su traición bajo las apariencias de la más acrisolada lealtad?

—Pero ¿y los negocios? dijo la reina: desde que la princesa ha venido han mejorado los negocios: su

—La princesa protesta de la falsedad de esa carta, y protesta de tal manera, que yo dudo.

—Es muy sagaz y muy hipócrita; pero por desgracia suya abundan contra ella las pruebas: esa mujer, tan prudente siempre, cuando se trata del amor se vuelve loca, y escribe á sus amantes cartas escandalosas.

—¿A sus amantes? dijo la reina poniéndose gravemente séria: esto es demasiado.

—Es exacto, señora: he dicho sus amantes, y voy á presentar á vuestra majestad una prueba indudable de que no es solamente de la Chaumiere amante de la princesa, sino también un guardia joven y buen mozo, y por cierto muy sagaz: un don Juan de Santivañez; hé aquí dos cartas escritas por esa mujer á ese hombre.

Y Ursula presentó las dos cartas á la reina, que examinó la una después de la otra, y se ruborizó.

—Son indudablemente de la princesa, dijo: están escritas con una libertad imprudente; parece imposible: ¿estais segura de que esta no es una hábil falsificación?

—Aguardaba ese reparo, y por lo mismo no os he presentado hasta ahora esas cartas: he esperado á que volviese de Tarucena don Juan de Santivañez, que se quedó en aquel pueblo herido.

—¿Son esas las cartas de la princesa que me han sido robadas? dijo Santivañez.

—Sí, contestó Ursula: ahora seguidme; voy á llevaros á la puerta interior del cuarto de su majestad, donde me esperaréis.

VIII

Ursula llevó á Santivañez á la solitaria galería á cuyo extremo había un centinela del cuerpo de Guardias de Corps.

—Esperad aquí, señor de Santivañez, dijo Ursula.

Y abrió la mampara y entró en el cuarto de la reina.

Por esta razón hemos encontrado allí, esperando y hablando con su amigo Rojas, á Santivañez

U